



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
VICENTE PALMAROLI



Es un pintor de importancia,
y mérito verdadero,
que vive en París de Francia
ganando mucho dinero.

Lit.^a de L. Bravo. Desengañó, 14 y Carbon. 7.

SUMARIO

Tragedia: De todo un poco, por Luis Taboada.—Chocheces, por Vital Aza.
—¡Maldito sea el cólera!, por Ricardo de la Vega.—En público y en privado, por M. Ossorio Bernard.—Cuento, por José Estremera.—La tempestad, por Sinasio Delgado.—Coplas, por Alvaro Ortiz.—Tu primo y tú, por Miguel de Palacios.—Epigrama, por Alberto Matienzo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: Vicente Palmaroli, por *Mecachis*.—Extramuros, por Cilla.—Vastagos, por *Mecachis*.



La tempestad se ha cernido sobre nuestras cabezas hasta el punto de sembrar el pánico entre las chicas nerviosas.

No hay nada que hable más alto en favor de la sensibilidad de una joven que las demostraciones de terror y los gritos ahogados mientras dura la tormenta.

He conocido una joven vaporosa, casada con un teniente de carabineros, que prorrumpla en maullidos amargos cada vez que el trueno retumbaba en el espacio.

—Rodríguez—le decía a su marido,—no me dejes sola, porque ya sabes cómo me pongo.

—¡Pero hija! Tengo que vigilar la conducta de unos fardos sospechosos.

—Pues bien. No respondo de lo que pueda suceder.

Y, efectivamente, sucedían cosas que parecen increíbles. En cuanto se quedaba sola, es decir, sola con el asistente, ya no sabía hacer más que atrocidades. A lo mejor se ponía a dar saltos como una cabra, aunque sea mala comparación, ó bien se arrancaba las ropas y parte de la cabellera; otras veces cogía el morrión de su marido y ocultaba dentro el rostro; después se ponía los borceguies del asistente y ballaba un zapateado.

En más de una ocasión, al regresar Rodríguez a su casa, encontró a su mujer subida encima del armario y con la cabeza metida en una sombrerera.

Se ven cosas muy raras con motivo de las tormentas y de las señoras de algunos carabineros.

Por supuesto. Casi todas las chicas que tienen novio padecen también convulsiones nerviosas en cuanto se inicia la tempestad, y esto les enamora a ellos hasta un punto inconcebible.

—¡Cáspita! ¡Qué trueno!—dicen en la oficina delante de cualquiera de esos chicos empleados que tienen novia.

Y contestan ellos con acento de persona que sufre:

—¡Cuánto estará pasando en estos momentos Filomena!

—Es nerviosa ¿eh?

—Como un gato soltero. La última tempestad nos cogió en el café del Prado y se puso a morir. ¡Con decirle a V. que le tiró un bocado a un sacerdote que estaba en la mesa próxima!... Otra vez, en su casa, destrozó con los dientes un capote de monte de un tío suyo.

Hehas estas declaraciones, piden permiso al jefe y corren al domicilio del objeto amado.

—¿Cómo está *Filomena*?—es lo primero que preguntan a la mamá que sale a abrirles la puerta.

—Mal, muy mal, Ricardito. Desde que empezaron los truenos no hace más que romper cosas... ¿Conocía V. a la Diosa Pastora?

—No he tenido ese gusto.

—¡Hombre! Le hablo a V. de aquella efigie bordada en cañamazo que teníamos en el comedor.

—Ah, sí. Ahora recuerdo...

—Pues la acaba de destrozar con las uñas.

Cuando el joven y su futura mamá política penetran en el gabinete, Filomena se halla tendida en un sofá con los

ojos en blanco, la boca contraída y los dedos lo mismo que tirabuzones. El papá y un vecino del cuarto segundo procuran que la chica vuelva al conocimiento y no se golpee las carnes con sus propios remos.

—¡Brrr!.. ¡Brrr!..—hace ella, echando espuma por la boca.

—*Filomena*, vamos, mujer; sé juiciosa... ¿Qué es eso? ¿Quieres que te regañemos?—le dice el joven con mal fingida severidad.

—Brrr... B...—contesta la chica.

—Lo mejor en estos casos, es provocar el llanto—añade el vecino.—Díganle VV. cosas tristes.

—¿Tristes?—replica el papá.—Filomenita, escucha, hija mía: ¿Quieres que tire a mamá por la ventana? ¿Te gustaría ver a tu papita de cuerpo presente? ¿Te acuerdas de cuando se nos puso mala la abuelita, y de las sábanas que tuvimos que romper para sinapismos?..

Filomena continúa retorciéndose como una lombriz separada del macho.

—Vale más que Ricardo le hable al alma—dice la mamá.

Entonces el joven funcionario acerca sus labios al oído de Filomena, y haciendo uso de su acento más cruel, murmura estas palabras:

*Ni me amas, ni me has amado,
ni sabes lo que es amor,*

que es, por regla general, lo que dicen a sus novias todos los tenores de zarzuela cuando hacen de enamorados pobres, pero dignos.

Filomena, al oír aquellas frases líricas, abre los ojos, separa de las sienes la desrizada cabellera y lanza un grito. Después rompe a llorar como si se le hubiera muerto efectivamente la abuelita, y humedece con su llanto a todos los circunstantes.

—Así, así; lllore V. bastante, que eso es muy bueno—dice el vecino.—Hágase V. cuenta que a su papá le van a dar garrote mañana temprano... Piense V. en cosas tristes... Figúrese V. que a Ricardito le están haciendo la operación cesárea... y que a su mamá de V. le cortan la campanilla, ó viceversa.

A fuerza de excitar la sensibilidad de Filomena, la chica se pone bien y la alegría renace en aquella casa, a menos que se repita la tempestad al día siguiente, porque entonces vuelve la convulsión y los desperfectos en el hogar y en el corazón de Ricardito.

Es incalculable la influencia que tienen sobre el corazón del hombre estos accidentes propios de las naturalezas sensibles y apasionadas.

Ya lo dice Ricardito:

—Cada retortijón de Filomena, es un nuevo dardo que se clava en mi alma...

Fuera de la tempestad, no ha habido cosa mayor durante la pasada semana.

Anunciábase varios estrenos, pero por ahora nos vamos librando. Ojalá pudiéramos decir lo mismo respecto de las odas premiadas en el certamen poético de Santiago.

Como Dios no ponga remedio, pronto circularán impresas por ahí, sin consideración al mal estado de la salud pública.

Bien podía el Ministro de la Gobernación, ya que quiere combatir el cantonalismo sanitario, escribir una circular a los Gobernadores para que prohíban el cantonalismo poético. De otro modo, cada población de España va a tener antes de mucho sus poetas morbos, azote mucho más temible que la epidemia reinante.

LUIS TABOADA.

CHOCHECES

—Buenos días, dependiente.
—Servidor de usted, ¿qué tal?
—Pues hombre, no vamos mal.
—Mi salud es excelente.

Tengo ya setenta y pico,
y sin temor a la muerte,
vivo tan sano y tan fuerte...
—¿Si parece usted un chico!

—De veras, ¿eh? —[Sin pasión]
—Gracias. —[Si nadie diría...]
—Pues mire usted, todavía cuando llega la ocasión, terciándome así el sombrero al ver una chica hermosa, sé decir... cualquiera cosa con muchísimo salero.
—Ay, qué pillo! —[Sí, señor!]
¿Qué se figuraba usted? Aquí donde usted me ve, soy un Tenorio.
—[¡Qué horror!]
—Tengo mis gozos completos y paso alegre mis días, pues forman mis alegrías las muchachas... y mis nietos. ¡Ah, los nietos sobre todo!
—¿Le gustan? —[Claro que sí! Ellos se mueren por mí, y yo los quiero de un modo... ¿No es usted casado?]
—No.
Más adelante, quizá.
—Pues á casarse, y sabrá gozar como gozo yo. Dejo, por una caricia, que me hagan el cuerpo aflacos. ¡Si esos demonios de chicos son mi encanto, mi delicia! Me gusta que uno temprano salte, cantando la jota, y otro que con la pelota dé en la nariz á su hermano, y otro que toque el tambor, y otro que vierta el tintero, y otro que tire el sombrero porque le quiere mayor, y otro que rompa un cristal, y otro que empiece á gemir porque acaba de cumplir una función natural...
¡A mí me encanta ese ruido! ¡Los nietos son mi embeleso! Les riño, me dan un beso y todo se ha concluido.
¿Casigarlos? ¡No, por Dios! ¿Pegar yo á mis nietos? ¡Qué! —[Y tiene usted muchos?]
—¡Bah!
Solo tengo veintidos.
—¿Pues es una friolera!
—A mí me parecen pocos.
Y si viera usted qué locos y qué listos! ¡Si usted viera! Como mañana es el día de mi santo, y habrá fiesta, vengo á ver lo que hay en esta sección de juguetería. Quiero obsequiarles.
—[Es claro! Piensa usted con buen sentido. —Enséñeme usted el surtido; yo en los precios no reparo. —Verá usted qué novedades! A su gusto me acomodo. —¿Supongo que habrá de todo, para todas las edades? —[Sí, señor! ¡Pues no ha de haber! Aquí hay de todo en juguetes: barcos, bolonios, bufetes, burros de cartón... —[A ver! Este burro es muy bonito. —Con dos cántaros iguales. —¿Qué precio? —Veintiseis reales.

¡MALDITO SEA EL CÓLERA!

¡Ay, de qué buena gana, como otros años, me iría al Manzanares á tomar baños! ¡Huerta de los Cipreces, llena de coles! ¡Merendero de callos y caracoles!

¡Oh baño de los hombres lleno de peces, en el cual pude ahogarme bastantes veces! ¡Oh baño de las hembras, en cuyas aguas se bañan con camisas ó con enaguas!

¡O con traje de paño, ó con vestido!
¡Y otras, como su madre las ha parido!
¡Oh lavanderas mías idolatradas, como nadie en el mundo desvergonzadas!
¡Con qué gracia soltábais, á cual más loca, los sapos y culebras de vuestra boca!
¡Oh alegre don Ruperto, mi dulce amigo!
¡Este año á los Cipreces no iré contigo!
El médico me dice que es un mal paso; y que si voy me expongo á ser un caso.
Yo no le haría caso por si esto es guasa; pero es que no me dejan salir de casa.
Me veo reducido, ¡oh suerte indigna! á remojar mis carnes en una tina.

Me calientan el agua con una estufa. Si está mal encendida ¡Cristo se atufa! Luego tomo unas duchas con regadera; pero antes digo á todos: «¡salíos fuera!» Porque doy cada salto cuando las siento, que desocupo el baño en un momento. Sigo la higiene y hago lo que me mande. Pero ¡ay! echa de menos el baño grande. Sí, ¡caro don Ruperto! ¡Sí, dulce amigo! ¡Este año al Manzanares no iré contigo! Los casos me lo impiden que menudean. Dicen que allí hay microbios, ó lo que sean. ¡Maldito sea el cólera! ¡Odio profundo tengo ya á la segunda parte del mundo!

RICARDO DE LA VEGA.

EN PÚBLICO Y EN PRIVADO

Sería curiosísimo el estudio que se hiciera de las contradicciones humanas, especialmente al fijarse el observador en las personas que, por tener doble representación en la sociedad, suelen exponerse á desmentirse á sí mismas treinta veces por minuto.

Por si algún aficionado se resuelve á verificar semejante estudio, aquí le ofrezco varios apuntes.

—Ya es tiempo, señor yerno, de que acabe la tiranía de V. para con mi pobre hija; ya es tiempo de que cambie su bisieto...

—Pero, mamá suegra...

—Basta, caballero; ese título de mamá en sus labios es una deshonra para mí.

—Pues si yo quisiera...

—Usted no quiere nada, no puede querer nada más que lo que yo le mande, y ahora le mando que nos lleve V. á los baños.

—Sin fondos...

—Pídalos V.

—Y si me los niegan...

—Esos son subterfugios; un senador, un prócer, tiene la obligación de llevar á su esposa de veraneo.

—Si yo!...

—Y silencio, que todavía podríamos ser más exigentes.

El senador sale de su casa desesperado, y se marcha al palacio de la Representación nacional. Allí, obligado á tomar parte en un debate, exclama:

—¡Sí, señores! Lo que hace falta en España, son caracteres que no se dobleguen; hombres de entereza dispuestos siempre á hacer que su dictamen prevalezca y voluntades de hierro en cuerpos de acero... ¡Oh, si todos los españoles se parecieran á mí!...

**

—¿Pero, qué tienes, Pascasio? ¿Es que no quieres ya á tu mujercita?

—Sí, mujer; pero las preocupaciones políticas, las discusiones del Congreso...

—No es eso; harto sé que me olvidas y que me abandonas...

—¡Vaya! Escena tenemos... me voy...

—Como siempre; tu eterna salida, tu amenaza constante...

—Pero no creas que has de seguir burlándote de mí y de mis hijos...

—Buena educación les estás dando.

—Eso más! Me iré con mis padres...

—¡Ya podías haberlo hecho!...

—Eres un infame!

—¡Mira, mujer, no me acalores, ó no respondo!

—¿Me amenazas?

—Sí.

—¡Ah! Bien veo que me odias.

—Sí.

—¿Que eres un bribón!

—Sí.

—¿Que quieres que nos divorciemos!

—¡Sí! ¡sí!

EXTRAMUROS



— El almuerzo es de primera.
 — ¡Vaya! tiene tres bemoles.
 — Me gustan los caracoles.
 — Y á mí la caracolera.



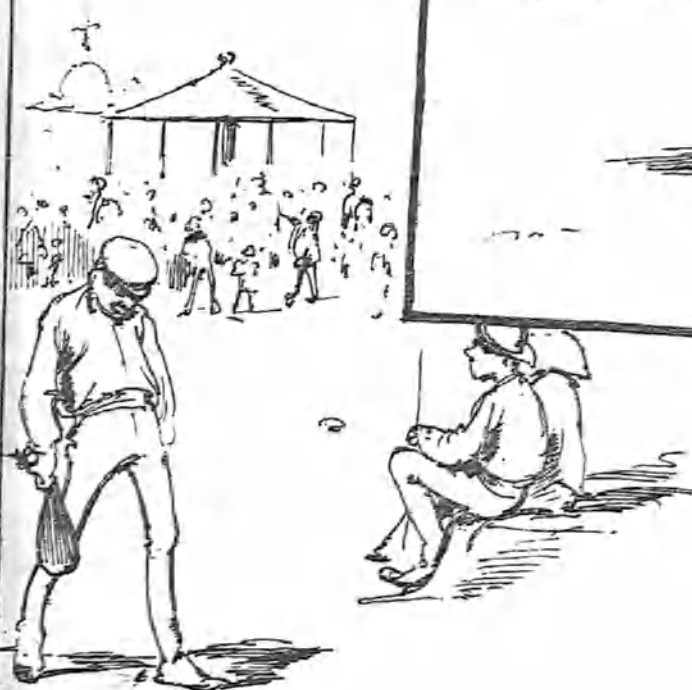
¿Tienes ahí un cartucho
 de perdigones
 pa un gachó que ha venido
 con pretensiones?



Una joven del gremio
 de pitilleras,
 que se pasa la noche
 en las afueras.



Va el sargento Perales
 con la Benita,
 y en saliendo extramuros,
 se extralimita.



El marido se aleja; la mujer cae en un sofá sollozando, y una curiosa vecina exclama (al paño). ¡*Sil! sil!*... el diputado D. Pascasio está ensayando uno de sus discursos ministeriales.

Y, sin embargo, en la observación de la vecina entra por mucho la maledicencia, pues el diputado, no sólo habla bastante, sino que momentos después de la referida escena, conmueve á sus compañeros y al público de las tribunas, exclamando:

—Nada, señores, como la vida del hogar, los encantos de la paternidad, la dulce y tranquila existencia de la familia española, puerto consolador, ansiado refugio y seguro abrigo para cuantos cruzamos los procelosos mares de la vida pública.

* *

—¿Conque el préstamo será garantido?

—Con una hipoteca que vale diez veces más, en Sevilla.

—Y pondremos por intereses...

—El cinco por ciento mensual... ó sea el sesenta al año. De este sesenta me dará V. el veinte por proporcionarle yo el negocio y si el deudor resulta imposibilitado de pagar, como es casi seguro, V. se queda con las fincas y me abona dos mil duros de guantes.

—Convenidos y silencio para todo el mundo.

—Por nuestro común interés. ¿Y quedamos convenidos?

—¡Palabra de honor!

—¡Palabra de honor!

Y acaso dice en el mismo día el periódico noticiero:

«El inteligente y honradísimo agente de negocios D. F. de T. salió esta mañana para Sevilla, donde le llama un asunto caritativo. Entre las personas que bajaron á despedirle á la estación, figuraba su consocio y amigo D. X. Z., el mismo á quien es deudora de valiosísimos ornamentos la parroquia de Villaperdida, su pueblo natal.»

* *

—Repito á V., hija mía, que la causa de su hermano es muy mala.

—Pero usted es muy bueno y siempre se ha compadecido de mis lágrimas.

—¿Qué diablo! Yo no puedo ver llorar á una mujer bonita.

—Ya ve usted, señor juez: si mi hermano mató al otro, fué porque él se las tenía juradas.

—Sí; pero después prendió fuego á la casa.

—Para que no quedara rastro de su acaloramiento.

—Y en el incendio murieron una mujer y dos niños.

—Eso no entraba en las miras de mi hermano.

—Además, había estado en presidio por ladrón.

—Por mantener á sus padres y á mí: es cariñosísimo.

—Sin embargo, la ley es terminante.

—¿Qué desgraciada soy!...

—Vuelta al llanto... Vamos, hija mía, no hay que desconsolarse: haremos lo que podamos... y después ¿no me tiene V. á mí en el mundo?

☞ (Hay quien sospecha que el procesado es hoy uno de nuestros más distinguidos timadores, así como su hermana una de nuestras primeras, más graciosas y pintadas *demi-mondaines*. El recto juez D. K. de K. ha sido promovido á una presidencia de sala.)

* *

Cierto individuo ha sustraído de Correos unos valores y está preso. Un amigo le indica que tal vez, pues tiene dinero, podría ganar á sus carceleros y huir.

☞—La dignidad—dice—me impide emplear esos recursos impropios de mi honradez.

* *

El mundo suele exclamar, abriendo paso y alfombrando la tierra de laureles: ¡Paso al genio! ¡Paso al que es honor de España!

Y el genio suele escribir á la amistad: «Si te es posible, mándame con el dador un par de duros, para que mañana pueda encenderse lumbre en casa y no carezcan mis hijos de pan.»

M. OSSORIO Y BERNARD.

CUENTO

Juan tiene el bigote cano, y no es ya un anacronismo, y la cabeza lo mismo que la palma de la mano.

Hace ya un decenio justo que se casó, y hasta ahora no le ha dado á su señora el más pequeño disgusto.

Que en la vida marital fué amante dulce y sincero, porque es todo un caballero, y honrado á carta cabal.

A más de ser buen marido, como su mujer sostiene, entre otras virtudes, tiene la de no ser presumido.

Por medio de la criada supo un día la mujer que Juan se mandaba hacer una peluca rizada.

La novedad le chocó, y como mujer prudente, para no abordar de frente la cuestión, le preguntó:

—¿Sientes en la calva frío? Y él respondió:—No por cierto: ya ves que estoy descubierto en casa; y ahora, en estío,

mucho menos. ¿Lo decías por algo?—Podrá no ser, pero ayer y antes de ayer me pareció que tosías.—

Con su recelo escondido dos días ella quedó, mas después se decidió á seguir á su marido.

Llena de triste agonía veía á su esposo andar, hasta que al fin le vió entrar en una peluquería.

Tras una esquina le espera, y á poco sale el marido con el bigote teñido y poblada cabellera

Sigue, llega á una parada de coches, entra ligero en uno, arrea el cochero, y ella se queda burlada.

Y la pobre esposa, llega á su casa, compungida,

porque está muy convencida de que su Juan se la pega.

La esposa tiene un hermano, condiscipulo que fué del marido, desde que daban Derecho romano.

El tal (llamémosle Luis), poco después de acabar la carrera, fué á Ultramar, y aun no ha vuelto á su país.

Estaba la pobre Blasa (que es el nombre de la esposa) muy impaciente y rabiosa, cuando vió entrar en su casa á Luis, de cuyo viaje á España nada sabía, y á su Juan, que todavía llevaba el mismo pelaje que causó su sofocón.

y, pidiendo explicaciones, le dijo Juan las razones de aquella transformación, diciéndole: —El caso es llano, esposa del alma mía: yo sorprenderte quería presentándote á tu hermano; pero como yo pensé que él ya cambiado estaría, y no le conocería no siendo el mismo que fué, yo me he rejuvenecido, porque si á esperarle voy cano y calvo como estoy, no me hubiera conocido.

JOSÉ ESTREMERÁ.

LA TEMPESTAD

Mientras escribo sin fijarme, al vuelo, allá arriba, en el cielo parece que se libra una batalla; tras el plumizo, impenetrable velo todo se descompone, todo estalla, y vomitan los negros nubarrones continuos chaparrones. No quiero confesar que me amedrenta el tremendo fragor de la tormenta, pero aunque algún ateo de guirlache se incomode conmigo, y de cursi me tache, mi insoportable pequeñez maldigo. Cuando retumban sin cesar los truenos, ¡vamos! no puedo menos de traer en seguida á la memoria al que recorre el mar de polo á polo, expuesto siempre á perecer sin gloria, y sólo, ó casi sólo, siente bajo su planta el mar que se revuelve y que se agita, y á las nubes bramando se levanta, y al abismo, después, se precipita.

Desnudo, jadeante, desgreñado, el hacha al cinto y en la mano el cable, desprecia, mientras lucha denodado, la vida miserable.

Y rompe, y corta, y raja, mientras el barco cruje y cabecea y el rudo vendaval le zarandea lo mismo que una paja.

La tempestad bravia golpea sin cesar en el escudo, sin velamen ni guía, y á las olas y al cielo desafia impasible y ceñudo.

Entretanto, en la tierra, cuando una nubecilla nos aterra y extiende la negrura por el cielo, procuramos cubrir con el pañuelo el sombrero de copa que se pone lo mismo que una sopa. La humanidad se asusta y se acoquina, y hay bravucón que jura y se insolenta, y se pasa las noches de tormenta metido en la cocina.

SINESIO DELGANO.

COPLAS

Como á lago que tiene
las aguas limpias
y en cenagoso lecho
se hallan dormidas,
yo te supongo;
bella la superficie,
de cieno el fondo.

Niña, el rico tesoro
de tu belleza
es de lo más preciado
que hay en la tierra.
Tú ya lo sabes;
¡lástima grande, niña,
lástima grande!

ALVARO ÓRTIZ.

TÚ Y TU PRIMO

(Á SINESIO DELGADO)

Quedé, primo, en escribirte
en cuanto al pueblo llegase,
y antes de que se me pase
lo que tengo que decirte,
cojo la pluma á mi modo
y te escribo á mi manera,
que al que trabaja en la era...
hay que dispensarle todo.

Cuento, pues, con tu perdón
y á tu misiva contesto,
pues somos, según su texto,
de muy distinta opinión.

¡Sonreíste amargamente
cuando tu dicha envidiaba?
Esto solo le faltaba
á tu buen primo Vicente;
que aunque muy sano y robusto
y con la piel muy curtida,
la vida que hace no es vida,
pues vive contra su gusto.

Estar aquí en el lugar
condenado á este mutismo
y siempre haciendo lo mismo,
lo mismo por no variar.

Y trabajando á destajo
y curtiéndome en la era...
aunque lo haga de minera
que no me cuesta trabajo.

¿Te parece en mi defensa,
ya que á esto llamas vivir,
que tan solo en el dormir
encuentre mi recompensa?

¿Que los sueños de ambición
que el hombre debe tener
terminen todos al ver
que es mi cetro el azadón?

Que lo que es hoy es mañana;
esta idea me asesinal
pues mi horizonte termina
en la montaña cercana.

Tú trabajas, es verdad,
y esto, chico, no lo niego;
pero entra mucho en tu juego
siquiera la variedad.

Y tú debes comprender,
aunque trates á embusteras
que no te quieren de veras,
que tienes dónde escoger.

Pero yo, y esto no es guasa,
tengo el camino vedado,
pues aquí estoy condenado
á una perpetua Colasa.

Yo no ceso de reirme,
y voy al teatro á gozar,
y tú vienes al lugar
y te diviertes de firme.

Esto es que la obligación,
primo, á todos nos hastia,
á unos por la poesía,
á otros por el azadón.

Y es preciso convencerte,
y en esto mi carta fundo,
que no hay nadie en este mundo
que viva en paz con su suerte.

¿Que tú estás delgado? Sí,
ya veo que estás muy seco,
muy huesudo y muy enteco,
y eso depende de tí.

Pues según he comprendido,
si no es por naturaleza,
es que se entró en tu cabeza
dejar bien á tu apellido.

No me tacharás de loco
si te repito en seguida,
que la función de la vida
á tí te cuesta muy poco.

Y sostendré francamente
que esta es mi humilde opinión,
aunque le llames melón
á tu buen primo — Vicente.

Por la copia,

MIGUEL DE PALACIOS.

EPIGRAMA

—Ayer en casa de Olive
quiso Luis hacerte un mimo.

—Tiene unas cosas mi primo...
—¡Señora! ¡y usted qué sabe?

ALBERTO MATIENZO.



En Ontaneda ha pasado una cosa chistosísima.

Llegó el paquete del MADRID COMICO, y el vendedor procuró, como es consiguiente, despachar su mercancía. Pero hete que le detienen seis señores curas (no dirán VV. que no les trato con respeto apesar de todo), y le increpan duramente amenazándole con la excomunión y con todas las penas del infierno.

En vista de que al vendedor no le apuraban gran cosa las amenazas, acabaron por comprarle todos los ejemplares de nuestro periódico y quemarlos ante un escogido público.

¡A haberlo sabido, en vez de veinticinco números remitimos cuatro mil!

Y hubiéramos hecho negocio.



Pero, vamos á cuentas: MADRID COMICO ¿es un periódico prohibido por la Iglesia? ¿Es hereje? ¿Pues á qué viene el auto de fe? ¿Hay nada más ridículo?

Esos señores curas (y sigo tratándoles con respeto apesar de todo), esos señores curas, repito, son unos sandios.

Y como yo me entere de sus nombres, los publico en seguida.

Y como pueda pillar sus retratos, los pongo en caricatura. Y después los quemó.



¡Omnipotes Deus!
¿No dimite Creus?



Varias distinguidas damas de Tarragona, en vista de las críticas circunstancias por que atraviesa el país, el malestar de las clases obreras, etc., etc., se han reunido para tomar un acuerdo que las honra sobremanera.

¿Qué dirán VV. que ha sido?

¿Formar una asociación para socorrer menesterosos? ¡Cá!

¿Para cuidar enfermos? ¡Tampoco!

¿Para obligar á fabricantes y comerciantes á cerrar sus tiendas en los días festivos!

¡Y con qué energía llevarán á cabo tan digna resolución!

¡Oh, magnánimos corazones!

En este punto, el cólera da quince y raya á las señoras tarragonenses.

Ellas quieren que las fábricas se cierren los domingos y fiestas de guardar.

El cólera trabaja para que se cierren todos los días.

¡Mire V. por cuánto la epidemia tiene buenos sentimientos!



Nuestro amigo D. Juan Cisneros, jefe de la comisión facultativa, que ha prestado sus servicios en Aranjuez durante la epidemia, ha sido obsequiado con un banquete á su vuelta á Madrid.

Tanto él como sus compañeros se han portado heroicamente luchando contra el terrible azote.

Hemos sentido de veras no poder asistir al banquete, pero ¡conste que brindamos á la salud de esos médicos que han expuesto valientemente su vida!

¡Choque V., D. Juan!



Siguen las reclamaciones de ejemplares que se pierden, y yo envío á cada *quisque* su número puntualmente.

Todas las noches me duermo pensando en los mequetrefes que atrapan lo que no es suyo, y haciendo votos solemnes para que estallen un día y el demonio se los lleve.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. G. R. Madrid.—¡Ay! el *argot* chulesco es más difícil de lo que parece.

Sr. D. B. R. Sevilla.—Cada verso tiene su medida; esto es lo correcto. De modo, que... no le digo á V. más.

Nasio.—Valencia.—¿Que si sirve el epigrama? No, señor.

Sr. D. E. A.—Vitoria.—Pchs... Advierto á V. que no fué Cristo el que hizo á Eva de una costilla de Adán; fué Dios padre.

Sr. D. F. C.—Madrid.—El asunto es gastadísimo.

Sr. D. J. Z.—Badajoz.—Se publicará, corrigiendo algunas cositas.

Sr. D. A. R.—Madrid.—Se publicará.

Sr. D. A. M.—Valladolid.—Aceptable; la última quintilla no lo es, y la veo difícil de arreglar.

Un aficionado.—Cádiz.—¿Sabe V. que para ser tan joven no se anda usted por las ramas? ¡Caracoles, y qué cosas tan fuertes se le ocurren al niño!

Sr. D. J. D.—Madrid.—Aprovechables algunos.

Sr. D. M. V.—Madrid.—La poesía á que V. alude hace el número diez en el turno de salida. Por cierto, que me gusta más su última carta.

Sr. D. M. G.—Madrid.—La pintura, el primo... Todo eso está muy gastado. La forma de la composición no es maleja.

Sr. D. T. L.—Logroño.—Tienen muchas, aunque pequeñas incorrecciones. Pero tiene V. chispa.

Sr. D. L. M.—Madrid.—Siguen las flautas. Ahora consiste en que el asunto no tiene lo que llamamos *saliente*.

Sr. D. J. P., M. P., y E. P.—Granada.—Su carta llega tarde; ya veremos qué hacemos con ella en el número próximo.

Sr. D. E. S.—Liérganes.—Tiene V. razón. Estaba yo equivocado. No me acordaba del *Madrid Político*.

MADRID, 1885.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa

Libertad, se duplicado, bajo

VÁSTAGOS



De los Sres. de Sardinilla

ANUNCIOS

LA CARICATURA

SEMANARIO HUMORISTICO

ILUSTRADO

POR NUESTROS PRIMEROS DIBUJANTES

SE PUBLICA LOS JUEVES

Regalo á los suscritores del «Madrid Cómico»

Número suelto... 15 céntimos.
Ídem atrasado... 25

ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, principal.

DESPACHO. TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COLECCIONES

	A los suscritores. Pesetas.	A los no suscritores. Pesetas.
Madrid Cómico		
Cada tomo de un año	8	10
Ídem id. encuadernado en tela.....	10	12,50
La Caricatura		
Un número atrasado	0,25	0,25
Madrid Político		
Colección de los 22 números publicados.	2	2,50

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, principal.
DESPACHO. TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general..... Calle Mayor, 48 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA